

19



TLALC

El que hace brotar la lluvia



La manera de conocer el pasado
mesoamericano a través de su arte



FUNDACIÓN
CULTURAL
ARMELLA
SPITALIER®

TLÁLOC:

El que hace brotar la lluvia.

19

1	Tláloc en la cosmovisión prehispánica	3	4	La supervivencia del mito o los modernos hacedores de lluvia	23
1.1	Iconografía de un Dios	3	4.1	Usos, costumbres y creencias	23
1.2	Orígenes y evolución del mito	4	4.2	Tiemperos, graniceros e invocadores del agua	24
1.3	Ritos y fiestas a los Dioses de la lluvia	6	4.3	Las danzas tradicionales	25
1.4	Sacrificio de niños	8			
1.5	Montañas y cerros en el culto a Tláloc	9			
2	Tláloc y la arqueología del Altiplano Central	11		Epílogo	27
2.1	Teotihuacán	11		Glosario	28
2.2	Cacaxtla	12		Bibliografía	32
2.3	México - Tenochtitlan	15		Selección de Piezas	34
3	Las deidades de la lluvia en Mesoamérica	16		Créditos	75
3.1	Totonacos	16			
3.2	Zapotecos	18			
3.3	Mixtecos	19			
3.4	Mayas	21			

Fundación Cultural Armella Spitalier
www.fundacionarmella.org
contacto@fundacionarmella.org
ventas@fundacionarmella.org





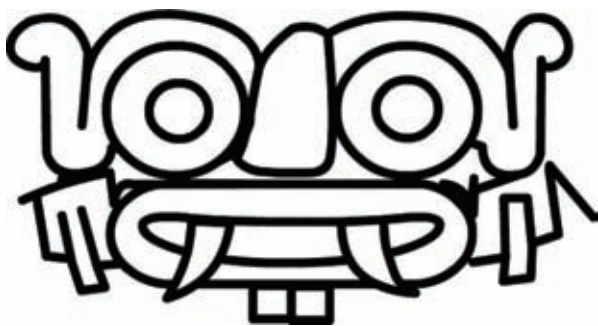
El que hace brotar la lluvia

1 Tlaloc en la cosmovisión prehispánica

1.1 Iconografía de un Dios

Dentro del abundante panteón mesoamericano, ninguna otra deidad tuvo rasgos iconográficos tan característicos como Tlaloc. Las facciones de su rostro o máscara parecen apegarse, con sus debidas variaciones, a un estereotipo ampliamente difundido en sentido geográfico y cronológico; los círculos o anteojeras, la nariz trenzada, la bigotera y los colmillos fueron sus atributos más comunes.

Para autores como Eduard Seler (1963), José García Payón (1974) y Hermann Beyer (1965), la imagen de Tlaloc se componía no de una, sino de la unión de dos serpientes que se encuentran frontalmente. Más aún, Rubén Bonifaz Nuño (1996) especifica lo siguiente: la boca de Tlaloc se forma con el enfrentamiento de dos cabezas de serpientes.



Pero, ¿a qué misteriosos significados respondían esas formas que causaron tan terrible impresión a los recién llegados? Así lo describe fray Diego Durán (publicado en 1880), al referirse a una escultura de piedra de Tlaloc: "...era la efigie de un espantable monstruo, la cara muy fea a manera de sierpe con unos colmillos muy grandes, muy encendida y colorada, a manera de fuego".

El acomodo de los cuerpos, cejas, colmillos y lengua bífida de las serpientes, fue dando forma y sentido al rostro de uno de los principales dioses prehispánicos.

Veamos a continuación algunas interpretaciones de diferentes arqueólogos. Alfredo Chavero (1981) concluye que los anteojos no son otra cosa que expresiones de las nubes y en cuanto a los colmillos, son símbolos de rayos que acompañan a las nubes. Por otro lado, Walter Krickeberg (1961) asevera que componen su rostro los rasgos de varias figuras míticas. Para Jacques Soustelle (1982), la fisonomía clásica de Tlaloc se refiere a las serpientes que representan a su vez al relámpago y al agua.



Tlaloc, Códice Magliabechi.





Representación en barro de la boca de Tláloc. Se aprecian su bigotera y sus colmillos.



Como se advierte en las últimas citas, es clara la presencia serpentiforme en la composición del semblante de Tláloc. En virtud de tratarse de sociedades eminentemente agrícolas, no es de extrañar que se haya dado esta relación; a final de cuentas, la serpiente —como animal terrestre— representa la tierra como entidad generadora de frutos.

1.2 Orígenes y evolución del mito

Una vez esclarecido el enigma del significado de los peculiares rasgos faciales de Tláloc, es necesario tratar de aproximarnos al origen de esta vital divinidad mesoamericana.

Sobre este punto se generaron opiniones encontradas. Para algunos estudiosos como Miguel Covarrubias (1961) y Krickeberg (1961), su procedencia se remonta a la cultura olmeca, de la que toma los atributos principales del hocico del jaguar. Éstos evolucionaron hasta adquirir el aspecto serpentino anteriormente descrito; incluso el mismo Alfonso Caso (1962) señala la presencia de la máscara de tigre-serpiente.

Al respecto, no parecen tan descabelladas tales afirmaciones, dado el entorno ecológico en el que se desarrollaron los olmecas y las cualidades mismas del jaguar, que sin duda le otorgaron a este felino un lugar primordial en sus mitos e iconografía.

La boca felina en las representaciones olmecas nos remite a las fauces de la tierra, puerta de entrada al inframundo. Ahí está la vida, pero también la muerte, tal como cientos de años después se recrearía en la imagen e interpretación de la deidad nahua de Tlatecuhtli, “el monstruo de la tierra”.



TLÁLOC





Tlaloc, Códice Fejervary Mayer.



Cabeza colosal de la cultura olmeca.



Jaguar.

En cambio, para otros como Beyer (1965) y Bonifaz Nuño (1996), la antigüedad de la deidad tendría que ubicarse en la era teotihuacana. Durante ella, el mito que forzosamente tendría que haberse originado en el Preclásico, pudo bien haberse reelaborado y etiquetado ya con las características generales más conocidas: con su rostro serpentino. Con tales condiciones, Tlaloc pervivió a través de los siglos, hasta ser retomado por los mexicas, quienes lo enarbolaron como una deidad de primer orden dentro de su cosmovisión y economía. Así lo apreciamos en los siguientes dos ejemplos:

- Tlaloc tuvo una activa participación en los mitos sobre la creación de su universo, tal como lo señala Alfredo López Austin (1990): ...como creador, Tlaloc lo fue de la luna, del agua y de la lluvia y fue también uno de los cuatro soles cosmogónicos que precedieron al actual.
- Además de esto, reinaba en su propio paraíso, el Tlalocan, que se encontraba ubicado al

oriente. A él iban a parar las almas de los ahogados o muertos por motivos relacionados con el agua.

Entre los mexicas la configuración del símbolo de Tlaloc y sus significados alcanzaron dimensiones extraordinarias. En torno a su culto se creó una compleja parafernalia, que buscó ante todo la continuidad del orden cósmico y político.



Vasija con representación de Tlaloc.



El mural de Tepantitla en Teotihuacán muestra escenas del Tlalocan.

1.3 Ritos y fiestas a los dioses de la lluvia

Una de las culturas mesoamericanas mejor conocida y estudiada es la mexicana, gracias a la incansable labor evangelizadora de los primeros frailes. Entre ellos destaca fray Bernardino de Sahagún, que en su transcripción al español del Códice Florentino creó la obra *Historia General de las Cosas de la Nueva España* (2002); en ella encontramos interesantes referencias a nuestro tema: “Este dios llamado Tláloc Tlamacazqui, era el dios de las lluvias. Se creía que él daba las lluvias para que se regaran la tierra, mediante en la cual crecían todas las plantas y cultivos”.

Dentro del calendario de fiestas, sabemos que el tercer mes estaba dedicado a Tláloc y tenía por nombre Tozoztontli —cuyo significado equivaldría a “pequeña velada”— e iniciaba aproximadamente a mediados de marzo. En dichas celebraciones se sacrificaban niños en los cerros.



Fray Bernardino de Sahagún.

Al sexto mes se le llamaba Etzacualiztli, que podría traducirse como “comida de maíz y frijol”. Se ubicaba a fines de mayo y primera mitad de junio y estaba también dedicado a Tláloc y a los tloques, ayudantes de la deidad. En ese periodo se iniciaba la temporada de lluvias y el fin de la cosecha de regadío en la Gran Tenochtitlan. Este momento de transición era aprovechado para hacer descansar ritualmente los aprestos agrícolas. También se sacrificaba a los cautivos disfrazados de tloques y era tiempo de ayuno para los sacerdotes.



Tozoztontli, Códice Florentino.

Al decimosexto mes se le otorgó el nombre de Atemoztli o “bajada del agua”, el cual transcurría en diciembre y era aprovechado para pedir por la llegada de las lluvias. Esta celebración era particularmente interesante, ya que aparte de los ritos oficiales realizados por los sacerdotes, la gente común participaba creando con masa las figuras de los cerros, como generadores de aguas, y ofrendaban también alimentos y pulque. Es importante señalar la presencia de entidades afines a Tláloc, como Chalchiuhtlicue, “la de la falda de jade”, diosa de las aguas terrestres. Durante el primer mes del año —llamado Atlcahualo o “aguas abandonadas” y que iniciaba a mediados de febrero y terminaba a principios de marzo— se celebraba una gran fiesta en su honor. También era considerada hermana de los tloques, quienes estaban en las cuatro esquinas del universo, sosteniendo jarros con los diferentes tipos de lluvia y se relacionaban con las montañas que rodeaban la Cuenca de México. Con estos pocos ejemplos hemos querido describir, de manera general, la enorme riqueza cultural creada para rendir culto a una deidad tan importante para la vida cotidiana de un pueblo agrícola como el mexica. La concepción mítico-religiosa de su universo y la continuidad del mismo no se habrían entendido sin que se llevaran a cabo, al pie de la letra, cada uno de los actos que imponían los ritos y las fiestas a todos sus habitantes por igual.



Chalchiuhtlicue, Códice Telleriano-Ramensis.



Atemoztli, Códice Florentino.



Etzacualiztli, Códice Florentino.



Ofrendas a Tlaloc. Códice Florentino.



TLAOC



1.4 Sacrificio de niños

Hemos mencionado reiteradamente que parte de los ritos propiciatorios para los dioses de la lluvia fue el sacrificio de niños; a oídos del hombre contemporáneo, esta práctica suena como un acto brutal e intolerable. Sin embargo, es necesario entender que la mecánica del mundo prehispánico estaba formada por creencias diferentes, ni mejores ni peores que las actuales, de las que dependía el orden y la continuidad del mismo.

Como sociedades agrícolas, estaban sujetas a fuerzas superiores a las que había que mantener apaciguadas y contentas, a fin de tener buenas cosechas. Así, era necesario otorgarles dones preciosos; para ello, la inmolación de personas y, en el caso particular de los dioses de la lluvia, de infantes, se convirtió en una práctica común.

Para adentrarnos un poco más en este aspecto, retomaremos el ya citado texto de Sahagún, que en el capítulo dedicado a las fiestas y sacrificios para los tlaloques, en el mes Atlcahualo, señala lo siguiente: "...para esta fiesta buscaban muchos niños de teta, comprándolos a sus madres. Escogían aquellos que tenían dos remolinos en la cabeza y que hubiesen nacido en buen signo. Decían que estos eran más agradables a los dioses, para que diesen agua en su tiempo".



Sacrificio humano, Códice Florentino.



Representación en miniatura de una canasta.



Antes de su sacrificio, los niños eran ricamente ataviados con piedras y plumas preciosas. Se les pintaba la cara y eran transportados en andas lujosamente adornadas, al compás de flautas y tambores; por donde pasaban, la gente lloraba. Los llevaban primero a un templo llamado Tozocan, en el cerro de Tepetzinco, donde pasaban la noche entre los cantos de los sacerdotes, que los mantenían despiertos.

Finalmente, eran conducidos al lugar del sacrificio. Si el niño en el tránsito a dicho lugar iba llorando, era tomado como señal de buen augurio, de que llovería pronto; si, por el contrario, se cruzaban en el camino con algún hidrópico, era un mal presagio, ya que creían que impediría la lluvia.

Los cerros donde se efectuaban estos sacrificios fueron el Cuauhtépetl, cerca de Tlatelolco; el Yoaltécatl, en la Sierra de Guadalupe; el Tepetzinco, pequeño monte que se ubicaba dentro de la laguna de Tlatelolco; el Poyauhtla, en la sierra que delimita a Tlaxcala con Puebla; otro era el cerro de Cócotl, en Chalco y también en el remolino de la laguna de México-Tenochtitlan, al que llamaban Pantitlan.

Tan relevantes eran la fiesta y el sacrificio de los niños, que si una persona abandonaba la ceremonia



Atlcahualo, sacrificio de niños. Códice Florentino.

antes de su conclusión, era señalada públicamente y excluida de la sociedad, llamándole mocauhque o “dejado”. Así de tajantes eran las reglas para la vida y la muerte en el México prehispánico.

1.5 Montañas y cerros en el culto a Tláloc

Uno de los aspectos más interesantes del complejo ritual dedicado a Tláloc fue el culto desarrollado a los cerros y montañas, ya que representaban para los pueblos nahuas fuentes primigenias de lluvia. En sus cimas se formaban las nubes que provocaban tormentas y de ellos provenía el agua hacia las partes bajas.

En el texto de Sahagún (2002) encontramos esta bella alegoría sobre el papel de los cerros:

“...los habitantes de esta tierra decían que los ríos salían del Tlalocan. Y también decían que los montes que están fundados sobre él, están llenos de agua y que por fuera son tierra, como vasos grandes de agua, o como casas llenas de ella, y que cuando fuera necesario se romperían los montes, saldría el agua que está adentro y que anegaría la tierra”.

De ahí que estas elevaciones naturales, producto de millones de años de evolución geológica, hayan adquirido una importancia



Vista de los volcanes.



T.L.A.L.O.C.



capital en la cosmovisión de los pueblos del Altiplano Central. Fueron objeto de peregrinaciones, sacrificios y ofrendas, sobre todo aquellos sobre cuyas cimas se formaban las nubes de manera más notoria. Ejemplos de ello son los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl y, en especial, el Cerro Tláloc, ubicado en la Sierra Nevada entre Puebla y el estado de México, y que, por sus poco más de 4 mil metros de altura sobre el nivel del mar, recibía una muy particular reverencia (en la actualidad se encuentra en su cima el sitio arqueológico más grande a mayor altura en Mesoamérica). Así lo comenta Durán (1880): “llamaban a este cerro Tlalocan, porque en sus cimas se congelaban las nubes. Y se fraguan las tempestades de truenos y relámpagos, de rayos y granizos”.



Cerro Tláloc, Códice Borbónico.

Este cerro también recibió el nombre de Poyauhtla o Mansión de Tláloc, pues aquí residía junto con los tloques; en su honor se ofrecían sacrificios, aproximadamente durante el mes de mayo.

Por otro lado, en su interesante libro Dioses, mitos y ritos del México antiguo (2004), Silvia Trejo señala que los habitantes de esta región tenían la siguiente creencia: Algunas enfermedades, llamadas de frío, procedían de los montes, y quienes padecían estas enfermedades hacían votos de hacer fiesta y ofrenda al monte que les quedaba más cerca.

Dichas enfermedades probablemente serían la gota y aquellas provocadas por el enfriamiento, el entullimiento, los golpes de aire frío e incluso las artríticas. Quienes sufrían de estos males también ofrendaban la imagen de alguno de los dioses de la lluvia, elaboradas con masa de amaranto y vestidas con papel pintado.

En el ámbito arqueológico, se ha documentado la presencia de objetos en algunas de estas elevaciones naturales; de hecho, en las faldas del Iztaccíhuatl se descubrieron dos esculturas elaboradas en resina y copal, con las figuras de las deidades

de la lluvia, Tláloc y Chalchiuhtlicue. Actualmente se exhiben en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología.



Tlatlancuaye, planta para enfermedades producidas por el frío.



Tlatlancuaye, planta para enfermedades producidas por el frío.

